

La Lectura Popular

ORIHUELA

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

PURGARSE Ó MORIR.

—Todo lo que usted quiera menos exageraciones, exclamaba un día D. Homobono Panza. Ni soy fanático ni quiero serlo. La verdadera virtud consiste en el justo medio, y ese ha de proponerse el hombre en todas sus acciones.

—Pero señor Panza, por los clavos de Cristo; ¿acaso usted no recuerda que la virtud tiene por base el sacrificio y que tanto más adelanta el hombre en ella cuanto más violencia se hace?

—Mire usted amigo, eso tiene sus interpretaciones. Dios ha dado al hombre la razón para guiarse y precisa ser razonable. Nada de fanatismos. Usted amigo mio pertenece á una escuela muy peligrosa.

—¿La escuela de natación?

—No señor, la de los que quieren exagerar las doctrinas evangélicas. ¿Para que nos dió Dios los ojos? para ver. ¿Para que nos dió la lengua? para hablar. ¿Para que nos dió los dientes? para comer.

—Justo, y la garganta para tragar; y el estómago para digerir; y la barriga para....

—Basta. Ya comprenderá usted á donde voy á parar.

—Sí, señor; entendido.

—Quiero decir, que ya comprenderá la razón que tenemos los hombres prudentes para condenar ciertas exageraciones que solo sirven para violentar las leyes de la naturaleza y hacer al hombre desgraciado.

—De manera que según usted, todo lo que violenta á las leyes de la naturaleza, debe proibirse, porque hace al hombre desgraciado?

—Indudablemente.

—En ese caso cuando esté usted enfermo, si el médico le prescribe dieta, mandele usted á paseo para no violentar las leyes de la naturaleza, y comasé usted cuatro libras de chuletas para no ser desgraciado.

—No, señor; seria un disparate, porque la naturaleza enferma no es lo mismo que la naturaleza sana.

—¿Y quién le ha dicho á usted que

el hombre, moralmente considerado, es un ser bueno y sano, hasta el punto de poder prescindir de la dieta de la mortificación, que á usted tanto le ataca los nervios? ¿Ha olvidado usted ya el catecismo que aprendió en la escuela? ¿No se acuerda usted del pecado original? ¿No toca usted á cada paso sus consecuencias? ¿No ha percibido usted dentro de si ese fondo de grosera bestialidad que lucha con la razón y que le hace á usted caer en tantas barbaridades y le hace sufrir tantas miserias?

—Hombre me sale usted por un registro que no esperaba. Es verdad. Como católico debo creer en el dogma del pecado original, enfermedad hereditaria que dejó reliquias y exige depurativos, pero.....

—Pero ¿qué?

—Que no por eso vamos á incurrir en los extremos á que quieren conducirnos los exagerados y los fanáticos.

—Siempre la *exageracion* señor Panza; siempre el *fanatismo* vaya unas palabrejas. Es visto que para ustedes los prudentes, el Evangelio no tiene más que un solo pasaje; el de las bodas de Caná. Cristo comiendo y convirtiendo el agua en vino les seduce; pero Cristo ayunando y padeciendo; Cristo rechazando la tentación que le ofrece el dominio del mundo entero á cambio de una apostasia; Cristo, en fin, muriendo en la cruz para juntar la misericordia con la justicia, y mostrarnos el sacrificio como único camino de salvación, ni siquiera merece ser conocido.

—¡Hombre, no tanto!

—Pues entonces ¿qué significan esos dengues? ¿Quiéreme usted conocer la historia de un *fanático*; y ver los frutos que dá eso que ustedes llaman *fanatismo*? Pues oígala usted que no deja de ser curiosa.

Agonizaba el mundo; la civilización pagana medio derribada por las corrientes del cristianismo, no presentaba ya sino un montón de ruinas, pero las nuevas ideas en lucha con la antigua barbarie no habían podido vencerla aun por completo. La sociedad era un espantoso caos de ignorancias y supersticiones, de concupiscencias y de vicios.

Si aquel gran enfermo que se llamaba la edad media, hubiese sido llevado á las clínicas de la ciencia humana, los sabios se hubiesen encojido de hombros declarándose impotentes para curar su mal: parecia en efecto no tener remedio.

Entonces se presentó un hombrecillo pequeño de estatura, sin belleza en el rostro, sin letras en la cabeza, pero con fé en corazón, que vestido con un sayo burdo de color indefinible, empezó á predicar como un loco, dando al traste, al parecer, con todas las leyes de la prudencia humana. Todo en él parecia disparatado. Iba descalzo, rapados los cabellos, crecida la barba. Su alimento solia ser el pan de la limosna mojado en el arroyo: sus amigos las aves del cielo y los pececillos del mar. A todas las criaturas del universo llamaba hermanos; lo mismo al sol que le derretia en el verano, que á la calentura que le devoraba casi de continuo; por que todas eran hechura del Señor al que amaba entrañablemente y cuyo amor no correspondido le torturaba el corazón. Cualquiera que hubiese contemplado aquel hombre y luego hubiese oido una de sus pláticas, hubiera pedido inmediatamente para él una camisa de fuerza.

—Hermano corderillo; decia dirigiéndose á otro contagiado de su locura, que le acompañaba por un camino, en una terrible noche de invierno. ¿Sabes en que consiste la perfecta alegría?

—¿En qué?

—Pues no consiste en dar gran ejemplo de santidad, ni hacer grandes milagros, ni en saber todas las lenguas, ni en poseer todas las ciencias, ni en profetizar cosas futuras, ni en descubrir los secretos del corazón, ni en averiguar el curso de los astros, ni en poseer todos los tesoros de la tierra.

—Pues ¿en qué consiste, padre mio?

—Yo te lo diré. Si ahora cuando llegásemos al convento, no quisieran recibirnos y nos dejasen en la calle tirando de frio; y al llamar de nuevo, saliesen y creyendonos ladrones nos moliesen á palos, arrojándonos sobre la nieve y llenándonos de insultos; si nosotros **soportando pacientemente**

tanta injusticia y tanta crueldad, sin turbacion y sin murmurar, pensásemos humilde y caritativamente que aquel que nos maltrataba verdaderamente nos conocía, y Dios le hacia hablar y obrar así contra nosotros; oh hermano mio, escribe «en esto está la perfecta alegría.»

Con que ¿qué tal D. Homobono? ¿Le gusta á usted la manera que tenia este especialista de tratar á la naturaleza y hacer al hombre feliz?

—¡Hombre! eso es atroz

—Pues amigo mio, aquel hombre *atroz* que discurría y obraba así, fué el que más amó á la naturaleza y el que más trabajó para rehabilitarla y engrandecerla. Fué la fortísima columna con que Dios impidió en el siglo XIII la ruina de la Iglesia, y el puntal que colocó su Providencia para que no viniese al suelo el edificio de la civilizaci6n.

Aquel hombre se llamó San Francisco de Asis.

El mundo, orgulloso y sensual, ha repugnado siempre reconocer sus enfermedades, confesar sus miserias y aceptar la amarga bebida de la penitencia que Dios le dejó para curarlas. Para escapar de la Cruz ha ideado sistemas, ha buscado paliativos, ha fantaseado interpretaciones é inventado todas esas modernas palabrejas de *locura, exageracion fanatismo* etc. etc. pero no le han valido coplas, porque al llegar la hora de las grandes crisis, el enfermo ha tenido que llamar al médico y..... purgar se ó morir.

—Con que amigo Panza ¿usted se purga?

—Hombre, ¿qué quiere usted que haga? ¿Seria tan duro padecer indigestion por toda la eternidad!

A. C. y G.

RECUERDO HISTÓRICO

Cuando S. Francisco de Asis quiso presentarse por primera vez al Papa, la primera audiencia que obtuvo le fué contraria. Acordándose quizá Inocencio III de los fingidos pobres de Lyon cuyos crímenes y orgullo turbaban entonces el mediodia de Francia, tomó á aquel raquitico hombre por un pobre importuno, y le despidió sin querer oírle. Mas á la noche siguiente tuvo un sueño misterioso: vió crecer poco á poco junto así una palmera que llegó á ser un hermosísimo árbol, y como quisiese descifrar el sentido de esta vision, le hizo Dios comprender que

era un emblema del pobre á quien habia rechazado aquella mañana.

Así que Inocencio III despertó, mandó que buscasen y trajesen á su presencia al extranjero de la víspera. Hallaron al humilde peregrino en una sala del hospital de S. Antonio y le condujeron al palacio Letran.

En esta audiencia recibió el Pontífice, que era tan sabio como virtuoso, rodeado de sus cardenales, y le oyó con señalada benevolencia. Admirando la sencillez, el valor y el celo del Santo, se disponia á acceder á su peticion, cuando varios cardenales hicieron presente al Papa que la Orden que Francisco queria fundar habia de ser una innovacion en la Iglesia, que la vida que se proponia llevar era superior á las fuerzas humanas, á lo cual replicó el Cardenal Juan de San Paulo, diciendo: «Señores: si rechazamos la peticion de este pobre con pretexto de que su *Regla* es nueva y difícil de cumplir, atacamos al mismo evangelio, porque la *Regla* que presenta á la aprobacion del Padre Santo está conforme con las enseñanzas del Evangelio. Pues sostener que la perfeccion evangélica y el voto de practicarla son cosas irracionales é imposibles, es blasfemar de Jesucristo, autor del Evangelio.»

Sorprendido el Padre Santo por esas discretas razones, dijo á Francisco: «Hijo mio, ruega porque Jesucristo nos haga conocer su voluntad á fin de que podamos favorecer tus deseos.» El servidor de Dios obedeció con la sencillez de un niño; salió á ponerse en oracion, y volvió á poco y refirió esta parábola: «Había en un desierto una doncella hermosísima, pero pobre; mas la vió cierto rey, y enamorado de su belleza, la tomó por esposa. Vivió con ella unos cuantos años y tuvo varios hijos, en quienes se unieron las facciones del padre y la hermosura de la madre. En llegando cierto tiempo, regresó aquél á su corte. Educó á sus hijos la del desierto con esmero especial, y cuando ya fueron grandes, les habló así. «Hijos míos: venís de un gran rey; id á su corte y él os recibirá con todas las atenciones que se deben á nuestro rango.» Fueron, pues, los jóvenes á la corte del Rey, quien, viéndoles tan hermosos, les dijo: «¿Cuyos hijos sois? y ellos respondieron: «Somos hijos de aquella pobre mujer que vive en el desierto.» Así que les oyó, les abrazó tiernamente el rey, diciéndoles: «Nada temais, porque sois hijos míos. «Si doy á mis oficiales las migajas de mi mesa, ¿cuánto más no os

daré á vosotros, que sois hijos míos?— Este Rey, Santísimo Padre, es nuestro Señor Jesucristo, y la doncella amable y hermosa, la Pobreza, que, despreciada de todos, se veia en el mundo tan sola como en un desierto. Bajando á la tierra desde su gloria el Rey de los reyes, la tuvo tanto amor que se unió á ella desde su mismo nacimiento. No les faltaron hijos; los apóstoles, los anacoretas, los cenobitas, y finalmente, en los tiempos tristísimos que atravesamos este servidor suyo y sus compañeros. El mismo me ha asegurado que proveerá á nuestras necesidades como proveerá á las de nuestros hermanos mayores, y me ha dicho: «Si doy alimento á los mercenarios y harto á los enemigos de mi nombre, con mejor razon lo daré á mis hijos é imitadores; si hago que brille mi sol hasta para los pecadores y distribuyo entre ellos los bienes de la tierra, con mayor motivo daré el pan de cada dia á los que siguen los consejos evangélicos.»

¡Ved ahí al hombre que verdaderamente sostendrá con sus doctrinas y sus obras á la Iglesia de Dios!», exclamó el el Papa, aludiendo á un sueño que habia tenido varios dias ántes, y que quiso referir en presencia de los cardenales: «Parecióme, dijo, que la basilica de San Juan de Letran se conmovia hasta en sus cimientos, y yo me esforzaba inutilmente por evitar su ruina, cuando apareció un hombre endeble y miserable que la sostuvo con sus hombros.» Sin más deliberar aprobó verbalmente la Regla de Francisco, le nombró, para siempre, superior general de la Orden de Menores, le ordenó de diácono, dió la tonsura monacal á los once compañeros del Santo Fundador, les autorizó para ir donde quisiesen á predicar penitencia, los tomó la profesion religiosa, les dió la apostólica bendicion, y les despidió abrazándole afectuosamente.

Cherancé.

LA CODICIA Y SUS EFECTOS

Las tres grandes enfermedades sociales que con su pobreza castidad y obediencia voluntarias quiso atacar San Francisco de Asis fueron la codicia, la sensualidad y la soberbia. En sus tiempos la codicia era tan grande, que hasta los nobles se cuenta que salian de sus castillos para robar y asesinar á los

viajeros. El deseo de lo ajeno era terrible: mas en nuestros tiempos ¿es acaso más leve esta enfermedad? Véase el siguiente hecho que acaba de ocurrir en América y fácilmente podrá darse la contestación.

Está tomado de un telegrama de Nueva-York, dirigido á «El Imparcial» el 21 del pasado, que dice así:

Nueva-York 21 (5'5 tarde)

El tren expreso de San Francisco de California, que atraviesa toda la América del Norte para venir á la costa Oriental, ha sido atacado por una cuadrilla de bandoleros armados con rifles y revólveres.

Para conseguir su intento, levantaron los carriles de la vía férrea, volviéndolos á colocar para que no se viera la maniobra, pero dejándolos algo desviados y sin sujeción alguna.

Cuando el tren llegó á todo vapor, saltó fuera de la vía despeñándose por un terraplen altísimo.

El hecho ocurrió á pocas millas de la estación de Topelsa.

El tren conducía un millón de duros en oro.

Esta enorme suma había sido consignada por el Banco Central de Méjico para Boston, con objeto de ser embarcada en este puerto con destino á Inglaterra.

El hecho era perfectamente conocido, pues lo habían publicado los periódicos hace días.

La criminal tentativa estaba, pues, preparada con toda calma y anticipación.

El tren cayó por el terraplen, amontonándose los coches sobre la máquina y sobre los furgones de cabeza, en que bajo una fuerte escolta iban las cajas con el millón de duros.

Hubo una porción de coches destrozados completamente. Pero siendo los de cabeza, quiso la fortuna que los ocupasen pocos viajeros en el momento del siniestro.

A esto se debe que no haya habido más que cinco muertos y 20 heridos más ó menos graves.

El terror de los viajeros no tuvo límites cuando al tratar de salir de los coches medio destrozados, dando gracias á la Providencia por haberles sacado con vida, se encontraron con que una partida numerosísima de bandoleros, muchos de ellos enmarcarados, les apuntaban con sus rifles, mandándoles que no se movieran hasta recibir orden.

Bajo la vigilancia de los bandidos fueron, pues, colocándose en fila los viajeros á medida que salían de los restos del tren.

Mientras tanto el grueso de la partida se ocupaba en buscar los furgones donde iba el millón de duros.

El tesoro había caído precisamente debajo de todo y sobre él formaba pirámide un montón enorme de coches destrozados y de coches enteros.

Largo rato estuvieron trabajando los bandoleros para llegar al tesoro. Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, porque eran masas

y pesos demasiado grandes para ser movidos sin grúas los que había sobre el millón.

Al sentir que se acercaban por uno y otro lado de la vía trenes de socorro, enviados al observarse que no llegaba el tren expreso, los ladrones montaron en sus caballos y partieron á todo galope.

Este hecho es horrible; pero allá vá otro no menos elocuente.

Leemos en un periódico.

“Acaba de suicidarse en una gran casa de juego una jóven americana. Después de haber perdido tres millones de reales, más otros tres millones que había ganado en pocas horas, ciega de desesperación, tomó un revolver y se atravesó el corazón de un balazo.”

Y más adelante.

“Se han fugado de San Sebastian dos banqueros llamados Nau y Palmarini llevándose la fortuna de centenares de familias muchas de las cuales habrán quedado en la miseria.”

Y luego en otro periódico.

“Ya se ha descubierto que el robo de los cinco millones y pico de reales sustraídos de la caja de depósitos, lo efectuaron el portero de la misma, un primo suyo y otros sujetos; pero el dinero, á escepcion de una pequeña cantidad, no ha parecido.”

Si siguiéramos leyendo seria el cuento de nunca acabar.

A GRANDES MALES GRANDES REMEDIOS

DOCTRINA DE FRAY GIL DISCIPULO DE SAN FRANCISCO SOBRE EL DESPRECIO DE LAS COSAS TEMPORALES.

Muchos dolores y muchas penas tiene el hombre miserable que pone su razón, sus deseos y sus ansias en las cosas del mundo, con desprecio de las cosas del cielo. El águila más generosa y altanera, si tuviese las alas atadas á una viga, batiera los vuelos y oprimida del peso se despeñara á lo profundo. ¡Cuántos son los que se fatigan por dar deleites al cuerpo, y qué pocos los que se cansan por los bienes del alma! Por saciar su codicia son muchos los que trajinan los mares, quebrantan las peñas, desentrañan los montes. ¡Qué mucho les debe el cuerpo! El les dará el pago. ¡Qué poco les debe el alma! Ésta llora su locura. El avariento es de la calidad del topo; no hay para éste más tesoro ni más bien que excavar la tierra y entrañarse en sus senos, y no es dudable que hay otros tesoros y bienes que el topo no conoce. No le quiso la naturaleza próspera dar á esta bestezuela ojos; sobrárale á un animal que tiene toda su felicidad puesta en el cieno. Las aves, las bestias y los peces, si no les falta el preciso manjar para susten-

tar la vida, viven contentos; y á la codicia del hombre no bastan para saciar todos los elementos, contribuyendo con todo lo más precioso y deleitable. Suspira siempre y anhela por más, y los suspiros son otros tantos desencuentros que le avisan que en toda esa visible máquina no hay cosa que pueda llenar el vacío de su corazón, porque está en más alta esfera su última felicidad. El cuerpo se formó por el alma, y este mundo visible por otro mundo; pero el pecador, ciego como el topo, no sabe salir de la tierra. Es el mundo un campo tan fatal, que el que tiene más parte en él tiene mayor mal. Miraba San Francisco mi maestro con ojeriza á las hormigas y con cariño á las aves; las hormigas ambiciosas recogen granos; las aves libres no cuidan del sustento; viven éstas á la Providencia y no á la codicia; fían aquéllas más de su codicia que de la Providencia.

EL PAUPERISMO

El pauperismo es fruto de la codicia, como la igualdad social lo es de la pobreza voluntaria. Es muy natural que cuando los ricos se empobrecen por amor de Dios, los pobres mejoren de suerte; por que para que unos se llenen, es preciso que otros se vacíen.

Cuando San Francisco fundó su orden de pobres voluntarios, el pauperismo era también una plaga. A medida que las órdenes religiosas tomaron incremento, mejoró la situación del menesteroso, pero en cuanto perdieron su influjo la llaga social volvió á resanarse.

El protestantismo fué el primero que persiguió á los frailes y sus efectos se tocaron inmediatamente.

A pesar de ser el país más rico del mundo, Inglaterra es notable por el número y miseria de sus pobres. Consta de los datos oficiales que en Inglaterra la *decimacuarta* parte de sus habitantes viven en *workhouses* (casas de trabajo, especie de asilos, donde se recoge á los pobres, pero obligándoles á trabajar.)

En Liverpool la *septima* parte de la población muere en dichas casas. En Manchester la *quinta* parte. Según el informe de la Real Comisión para el cuidado y vigilancia de dichas casas, la *quinta* parte de la población de Londres muere en estos asilos y en los hospitales (esto es, 840,000 habitantes;) es decir, excluyendo las familias opulentas la *tercera* parte de la población.

Segun los datos del Gobierno, el número de mendigos en Inglaterra, y Gales (la parte mas rica del Reino Unido) es 800,000. Pero se á visto que en Manchester el número es tres veces mayor que el número dado por la Real Comision. Por estos y otros datos fidedignos se juzga que el número de pobres en Inglaterra y Gales es DOS MILLONES Y MEDIO, es decir, la undécima parte de la poblacion.

Cuando las órdenes religiosas estaban extendidas por Inglaterra, y el espíritu católico influia en los corazones no sucedia esto; pero vino el protestantismo, Enrique VIII se apoderó de los bienes con que la Iglesia sostenia á los menesterosos, espulsó á las órdenes religiosas que con su ejemplo predicaban la pobreza evangélica, y el egoismo y la codicia se desarrollaron como una lepra.

Esta leccion histórica los pobres no deben olvidarla jamás, pues ella les enseña que todo el que persigue á la religion cristiana inspiradora de la caridad, y á las órdenes religiosas que son sus centinelas avanzados, es enemigo jurado de los pobres, por más que hable de *libertad igualdad y fraternidad*.

VARIEDADES

Un Lombroso que hace el oso

Desde que los pilluelos de Asís arrojaron lodo á S. Francisco, no ha dejado de haber manos sucias que se complacieran en continuar tan asquerosa tarea.

El mundo de ahora como el de antes, sigue injuriando á todo el que se opone á su maldad.

Un *escribidor* italiano llamado Lombroso cuyo mérito al parecer consiste en preparar ensaladas científico-literarias apropiadas al enfermizo paladar de los estrafalarios de su tierra, ha escrito un libro titulado *El Genio* para decir entre otras majaderias que San Francisco era un loco. Despues de todo no es de extrañar que hoy se llame loco al discípulo predilecto de aquel divino Maestro á quien en su tiempo le vistieron tambien de blanco en señal de locura. Y es que nuestro *fin de siglo*, (como dicen,) bárbaro, egoista, soberbio, sensual é incrédulo no concibe virtudes contrarias á sus vicios si no como manifestaciones de la más rematada insensatez.

Pero eche usted un galgo al tal Lombroso. San Francisco, segun dice, estaba loco y sin embargo confiesa en su mismo libro que *su alma amable se reflejaba en sus bellas facciones, en sus nobles modales y en su liberalidad, que á los veinticuatro años se convirtió, abrazó la pobreza y llegó á ser grande por la afirmacion y el triunfo de los sentimientos más amables y suaves de la humanidad, que con el ejemplo y el precepto predicó*

el amor de la naturaleza, la concordia, la reciprocidad de afectos entre los hombres, el trabajo etc. que fué un poeta inspirado; que en su alma amorosa se habian desarrollado perfectamenta los germenos de la caridad.

Pues Lombroso de mis pecados, si San Francisco fué un hombre grande en sus virtudes, inspirado en sus escritos y sublime en sus doctrinas ¿qué razon tiene usted para opinar que estaba loco? ¿Acaso la inspiracion, la caridad y la virtud han sido alguna vez sintomas de enagenacion mental?

Ateme usted á los librepensadores por el rabo.

Lo que quieren los masones

Lemmi jefe de los masones de Italia, ha hecho un viaje de propaganda, en el cual, arrojando por completo la careta, ha declarado francamente lo que quiere la masonería.

La masoneria quiere, segun él mismo ha dicho, la absoluta *secularizacion* de la vida; ó lo que es lo mismo y hablando claro, la ruptura de todo lazo que una á los hombres con Dios: por consiguiente nada de cultos ni de religion; nada de esperanzas de ultratumba; nada de vida que se prolonga más allá del sepulcro; abolicion del matrimonio religioso, para que la familia no tenga otra base que un simple contrato civil que se rompa por medio del divorcio á voluntad de cualquiera de las partes; nada de bautismos, nada de sacerdotes: Así se ha expresado Lemmi dejando asustados hasta á sus mismos amigos los radicales italianos, á quienes ha llegado á alarmar tanta osadia.

Pero no hay de que alarmarse; la masoneria quiere lo que ha querido siempre; convertir al hombre en bestia para apartarle de Dios; solamente que segun las circunstancias, así ha hablado con mas menos franqueza.

Y ahora ¿qué diran los que pretenden llamarse católicos y pertenecer al mismo tiempo á esa abominable secta? ¿Van convenciéndose ya de la razon que tiene la Iglesia para condenarla? ¿Van convenciéndose de que es imposible ser católico y ser mason?

EL ULTIMO FIN DEL HOMBRE

(FRAGMENTO)

Cada ser tiene su fin:
Por eso Dios le dió al Águila,
Para hendir las nubes, ojos
Diamantinos, fuertes alas.

Al pez le dió firmes remos
E incorruptibles escamas,
Para que los anchos mares
Libre y dichoso cruzara.

Dió sus hermosas melenas
De oro al león y sus garras,
Para que, rey del desierto,
En el desierto imperara.

Mas, imagen suya, al hombre
El Hacedor le dió un alma,
Para que uniera los mundos
Con Él mismo, y que le amara.

Si el «amor de Dios» es sólo
Nuestro ultimo fin, y se halla
En ese amor escondida
Toda bienaventuranza,

Esa es la senda, hijo mio,
Que conduce á la morada
De oro jasper y diamantes
Do el ansiado bien se guarda.

Bien que ni vió ni escuchó
En el mundo el alma humana;
Pues todo lo imaginado.
Ante bien tan grande, es nada.

Venturoso tú si un dia
Consigues gloria tan alta,
Y del rio de la vida
Bebes las límpidas aguas.

Petrel 20 Agosto 1892.

Miguel Amat

INTERESANTE

Se ha puesto en venta la segunda edicion del tomo segundo de **LECTURAS POPULARES** cuya primera edicion se hallaba agotada. Pueden hacer sus pedidos á nuestra administracion los que tengan las colecciones incompletas.

En breve saldrá á luz el cuarto tomo.

BIBLIOGRAFIA

—(—)—

OPÚSCULO DE PROPAGANDA

SERMON NOTABLE

PREDICADO

contra la prensa liberal

en la Catedral de Plasencia

por el M. I. Sr.

Dr. D. Eduardo Macía

CANÓNIGO DOCTORAL DE LA MISMA

10 ejemplares 50 céntimos de peseta.

Los pedidos á la Administracion de este periódico.

LA LECTURA POPULAR.

—(—)—

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.

IMP. DE LA LECTURA POPULAR.